

en el mismo estado, y estando aun sentados sobre las mismas sillas añaden tres lecciones. Esto hace que disminuyan el trabajo del cuerpo y se pongan en condiciones de aplicarse con más atención á la oración. » Todo esto más bien se refiere á la disciplina de los monjes de la Palestina y de otros de Oriente que á la de los del Egipto.

9° Los monjes de Oriente no ayunaban el sábado. Esta costumbre les era peculiar como la de no ayunar el domingo lo era de todos los países. Hacían dos comidas : pero como en la del mediodía recitaban los salmos, en la de la noche no hacían más que una corta oración antes y después, pues era ésta una comida extraordinaria á la cual ni siquiera se obligaba á los religiosos á asistir.

10° En fin, dice que los días de domingo los hermanos no se reunían mas que una vez por la mañana para el oficio sin perjuicio del de la noche, y que se aplicaban de una manera más perfecta y solemne en recitar salmos, preces y lecciones, á causa del respeto del día y de la comunión.

Después de esto pasa Casiano á su cuarto libro, donde trata del reglamento de los monasterios. Pero antes de dar su análisis debemos relatar aquí la bella digresión que en el libro segundo se hace sobre la manera de levantar en el monasterio los novicios, y sobre las cualidades que exigía de los superiores para impedir que introdujesen el relajamiento gobernando según su capricho, ó según sus propias luces. « En Egipto, dice, los monasterios son gobernados no por la inclinación de cada particular que allí se retira, sino por la tradición de nuestros antiguos Padres, y por el reglamento que nos dejaron, con cuya práctica estos monasterios hasta ahora han permanecido firmes é inquebrantables.

« En estos lugares no se permite á cualquiera que sea, ya no digo el presidir á todo el monasterio, sino que ni aún el ser maestro de sus acciones, ni conducirse por sí

mismo en su celda si antes no ha renunciado á todos sus bienes, y si á más de esta renuncia exterior, no renuncia también á su propia voluntad, reconociendo que ya no es dueño de sus acciones, y que ningún poder tiene sobre sí mismo.

« Es necesario que aquél que se retira del mundo para entrar en la soledad, esté en tal disposición, que por más rico que haya sido en el siglo, no se jacte de los grandes bienes á que ha renunciado, ó que con él ha traído al monasterio. Debe obedecer á todos, y debe saber que según el precepto de Jesucristo, debe volver á su primera infancia, sin atribuirse cosa alguna por su grande vejez, ni por el número de sus años, que se debe acordar haber perdido tan inútilmente en el mundo. Es necesario que la novedad de su conversión, que este nuevo yugo de Jesucristo al cual se sujeta, y que esta milicia espiritual de que hace profesión, lo lleven á someterse de buen corazón aún á los más jóvenes de entre sus hermanos. Debe tambien, según san Pablo, trabajar con tanto fervor, que pueda ganar con sus propias manos su propio sustento y tambien para aquellos que le visiten, á fin de que con este ejercicio pueda olvidar el fausto y las delicias de su vida pasada, y adquirir la humildad de corazón por la pena de su trabajo.

« Por esto jamás se elegía á nadie por superior del monasterio, que por una larga obediencia no hubiese aprendido como debe mandar á aquellos que le deben obedecer; y que por largo tiempo no hubiese sido formado bajo la dirección de sus ancianos, para saber aquello que debe dejar como por tradición á los más jóvenes solitarios; pues estos hombres admirables reconocían que el colmo de la sabiduría consiste en dirigir bien á los otros y en dejarse dirigir bien á si mismo.

« Así lo que hace que hoy día veamos tantos reglamentos y prácticas todas contrarias, es que tenemos bastante



presunción para tomar el gobierno de los monasterios, sin saber casi nada de las reglas de nuestros ancianos, y que nosotros somos abades casi antes de haber sido novicios. Ordenamos todo aquello que nos place, y celamos más por hacer observar aquello que viene de nuestra invención particular, que para guardar inviolables las reglas de la doctrina de nuestros santos predecesores. »

Tal es la digresión que hace Casiano hablando de la regla de los oficios de los monasterios ; lo que dice aquí bastaría, si fuera bien practicado, para formar excelentes y perfectos religiosos, bajo su sabia disciplina. En cuanto uno observa más bien las reglas antiguas sin innovar nada en ellas, tanto más se perfecciona. Las innovaciones lo pierden todo, tanto más cuanto que los cambios jamás se hacen para mantener la observancia contra las inclinaciones de la naturaleza que desea su libertad, sino para seguir la propensión de esta naturaleza en perjuicio de la observancia.

No nos detendremos mucho sobre lo que dice Casiano del reglamento de los monasterios, porque habla principalmente de los de Tebas, de cuya disciplina hemos dado bastantes detalles en su lugar; bastará indicar aquí los principales puntos que se practicaban tambien en los otros monasterios del Egipto.

1° Cuando alguno se presentaba para ser recibido, no se le permitía la entrada al monasterio sin haber permanecido durante diez días ó más, echado á la puerta y sin haberse postrado á los piés de todos los hermanos que pasaban. Obraban así para mejor conocer por su paciencia y perseverancia si su deseo era sincero, y si estaba bien dispuesto á renunciarse en todo y á sufrir la humillación ; y en esta consideración los hermanos que pasaban lo fastidiaban, lo despreciaban, y lo cargaban de injurias y reproches.

2° Cuando después de esta prueba quedaba admitido, no se le permitía guardar en su poder ni aún un sueldo, y se le despojaba de todo lo que había traído, si en efecto había traído alguna cosa. No se quería recibir nada de él, por temor que después se levantase sobre nosotros bajo el pretexto de su dádiva, ó que por un funesto disgusto no fuese tentado de volver al mundo, y no obligase á los hermanos á volverle aquello que había traído, lo que no se podía hacer sin gran incomodo, si se había empleado para las necesidades del monasterio.

3° Enseguida se conducía al postulante en medio de los hermanos reunidos, en donde, después que se habian quitado los hábitos del mundo, el abad le daba con su propia mano el hábito del monasterio. Esto se hacía á fin de que aprendiera, por esta ceremonia exterior, que no solamente se despojaba de todo cuanto antes poseía, sino que se reducía voluntariamente á la pobreza de Jesucristo.

4° Los hábitos que el nuevo solitario dejaba se entregaban al ecónomo quien los guardaba hasta que todos los hermanos conociesen por diferentes pruebas cual era su progreso en la piedad, su conducta en el monasterio y su firmeza en la paciencia. Si el trascurso del tiempo les hacía ver que, según todas las apariencias, podía permanecer con ellos y perseverar en el fervor que había empezado daban sus hábitos á los pobres.

5° Al novicio no se le concedía pronto la entrada á la comunidad ni reunirse con los hermanos después que se le había revestido del hábito monástico, sino que lo confiaban á un anciano que lo colocaba á parte en un lugar bastante próximo á la puerta del monasterio, y que estaba destinado para recibir los forasteros, y él permanecía un año entero bajo su dirección, prestando á los huéspedes todos los servicios que se ordenaban, ejercitándose en la humildad y la paciencia, y sufriendo todas las pruebas que tenían á bien



hacerle sufrir. Después de esto si se había conducido como deseaban, el abad lo remitía á otro anciano que tenía bajo su dirección á diez jóvenes religiosos, quien después se llamó decano, y lo ponía bajo su cuidado para acabarlo de formar en las virtudes.

6° La primera lección que se daba á un novicio, y la instrucción que se consideraba como la más importante, era vencer su voluntad, y para esto se afectaba mandarle cosas que se sabía eran las más contrarias á su inclinación; pues se sabía por esperiencia que los religiosos, particularmente los más jóvenes, no podían reprimir las pasiones sino mortificaban su voluntad con la obediencia. Aseguraban que un solitario no podía extinguir bien ó la tristeza ó la impureza, ni estar largo tiempo unido con sus hermanos, ni aun perseverar en el monasterio, si antes no había aprendido á sujetar bien su voluntad.

7° También se le recomendaba que nada ocultase á su superior por una malvada vergüenza; sino que le comunicase todos sus pensamientos y todos los movimientos de su corazón, y que se entregase á su discreción para la propia conducta sin escuchar sus propias luces. Con esta práctica, toda la astucia del demonio no podía sorprender al joven religioso, por más ignorante é inexperto que fuera. « Asi, dice Casiano, este enemigo tan astuto no tiene otro punto de entrada para engañar á un joven solitario por sus ilusiones, que cuando lo puede insensiblemente arrastrar por los movimientos de orgullo y de vergüenza á ocultar sus pensamientos; y estos santos hombres decían que es una prueba infalible que un pensamiento viene del demonio, cuando nos avergonzamos de descubrirlo á aquel que nos gobierna. »

8° El mismo autor añade que practicaban la obediencia con tan grande exactitud, que un joven religioso no se habría atrevido á salir fuera de su celda sin el permiso del

superior, aún para las necesidades del cuerpo; y dice que estaban tan resueltos á hacer sin discusión todo cuanto su superior les mandaba, que algunas veces emprendían con una fé increíble cosas imposibles: el profundo respeto que tenían á su superior les impedía ver la imposibilidad de las cosas que les mandaba.

9° Su hábito era de lino, y jamás tenían dos, y el superior les daba uno para cambiárselo cuando veía que aquel que llevaban era demasiado estropeado. Este punto mira de un modo particular á los religiosos de Tebas.

10° Su abstinencia era tan austera, que consideraban como delicias el uso de algunas yerbas que hacían salar y que enseguida mojaban con agua.

11° Desde el momento que oían la señal que los llamaba al oficio ó á la obra de las manos, aunque estuviesen ocupados en sus celdas en orar ó meditar, ó leer, ó escribir, lo dejaban con tanta prontitud para asistir, que ni aun se daban tiempo para concluir una letra que ya habían medio formado. « Pues, dice Casiano, no pensaban tanto en sus cosas como en practicar fielmente la virtud de la obediencia, que preferían á la obra de las manos, á la lectura, al silencio, al descanso de la celda y generalmente á las otras virtudes, muy contentos de privarse de los ejercicios más consoladores, con tal que no maculasen la santa obediencia que formaba todas sus delicias. »

12° Los religiosos de Tebas vivían en un despojamiento tan grande que no tenían más que sus hábitos; y en los otros monasterios, en donde, dice Casiano, había un poco más de indulgencia, se practicaba no obstante una pobreza tan rígida, que ningún religioso hubiera osado decir, mi libro, mis mesas, mi pluma, mi túnica, y que debía satisfacer con una justa penitencia cuando por descuido había dejado salir esta palabra de su boca.

13° Aunque cada religioso por su trabajo procurase al



monasterio mucho más de lo que se necesitaba para su sustento, no obstante ninguno se prevalía de ello, ni pretendía tener para su nutrición más que los pequeños panes que le daban y que apenas costaban tres dineros. Nunca habían pensado en hacer la menor obra para su peculio propio, y aun que miraban el bien del monasterio como propio, su desprendimiento era tal que se consideraban como forasteros y pensionistas, ó más bien como indignos servidores de sus hermanos.

14° Pero con motivo del trabajo en el segundo libro, Casiano hace una digresión que colocamos aquí. Dice : 1° Que desde que la oración de la noche estaba acabada, cada hermano se retiraba con diligencia á su celda, y que allí estando solo ó con otro hermano, muy lejos de dejarse arrastrar por el sueño, empezaba á ofrecer á Dios un nuevo sacrificio hasta que empezando á lucir el día le daba lugar de pasar de los ejercicios de la noche á los trabajos del día. 2° Que los hermanos juntaban así el trabajo de las manos con las vigiliias para no ser sorprendidos del sueño como las personas que están en la ociosidad. Que durante aquel tiempo no interrumpían sus meditaciones espirituales, ejercitando al mismo tiempo el alma y el cuerpo, y tratando de igualar las ventajas de uno con las de otro ; de suerte que era difícil discernir cual de los dos ocupaba el primer lugar, y si ellos trabajaban siempre para mejor meditar, ó si por este continuo trabajo habían hecho tan grandes progresos en la piedad y adquirido tantas luces. 3° Que mientras trabajaban aun fuera de sus celdas, guardaban un riguroso silencio, ocupándose cada uno de ellos de su trabajo en lo exterior, y de algún pasaje de la santa Escritura en el espíritu ; lo que alejaba de ellos toda suerte de intrigas, de malos consejos y de conversaciones superfluas. 4° Estaba terminantemente, prohibido, y sobre todo á los más jóvenes, el detenerse un momento con otro, hablar

en secreto, ó tocarse mutuamente la mano, y que cuando uno caía en semejante falta, hacía penitencia de ella en la asamblea de los hermanos, ó si faltaba á ella quedaba privado de orar con los otros.

15° Casiano detalla las diferentes faltas por las cuales uno estaba sujeto á la penitencia, y cuales eran estas penitencias que se imponían. Ya las hemos relatado hablando de la disciplina monástica de Tebas.

16° Dice que la costumbre de hacer la lectura espiritual cuando los hermanos están en la mesa no vino de los solitarios de Egipto sino de los de Capadocia. En efecto, no se ha hablado de ello en la Regla de san Pacomio, y ni un solo ejemplo se encuentra en los monasterios de Egipto ; sino que se guardaba en ella un profundo silencio, estándose en ella con tan grande modestia, que no había más que el superior que tuviera derecho de hablar para ordenar aquello que convenía según la necesidad, y que ningun religioso hubiera osado echar los ojos sobre aquello que comía el que estaba á su lado. Estaba igualmente prohibido á todos los hermanos comer fuera de la mesa antes ó después de la hora de costumbre, para tomar todos juntos su nutrición.

17° En los monasterios de la Mesopotamia, de la Palestina, de la Capadocia y en el Oriente, los hermanos servían cada uno por semanas en los servicios ordinarios de la mesa y del refectorio, y, dice Casiano, cumplían por turno este deber con tanto afecto y una humildad tan pronta, que no hay esclavo en el mundo que sirva con tanta puntualidad á su dueño, por más cruel y poderoso que sea.

18° Hé aquí como Casiano relata lo que hacían sucediéndose en este empleo. « Cuando todos los hermanos el domingo por la noche se reúnen para decir los Salmos ordinarios antes de acostarse, aquellos que salen del turno de semana les lavan á todos los piés según su órden, y les piden con fervor esta recompensa y esta bendición por el



trabajo de toda la semana : y les ruegan que acabando de cumplir los mandamientos de Jesucristo, rueguen todos reunidos por ellos á fin de que Dios les perdone las faltas que han cometido por ignorancia ó por debilidad, y les suplican poderles ofrecer sus trabajos de la semana como un sacrificio agradable.

« Al día siguiente, después que se han acabado los himnos de la mañana, dan en depósito á aquellos que les suceden todos los muebles y todos los vasos de servicio ; ellos los reciben y los guardan con gran cuidado y temen tanto que se pierda ó se rompa alguno, que creen deber responder del menor de estos vasos como de una cosa santa y sagrada, y deber dar cuenta no solo al dispensero del monasterio sino también al mismo Dios, si por su negligencia se pierde alguna cosa. »

El mismo autor dice, que su atención para esto andaba tan lejos, que el dispensero del monasterio habiendo un día visto al pasar tres granos de lentilla en el suelo, que el hebdomadario apresurándose á hacerlas cocer había dejado caer de sus manos con el agua con la cual las lavaba, dió presto aviso de ello al superior, quien suspendió á este hermano de la oración y sólo le perdonó su culpa después que la hubo expiado con la penitencia pública. La razón de esta severidad consistía en que cuando una cosa había entrado al monasterio, querían que se la considerase como perteneciendo á la casa de Dios, y que en consecuencia se la tratase, por pequeña y vil que fuese, como una cosa consagrada á Dios y por consiguiente santa.

19° La costumbre de servir por turno durante una semana no se practicaba en los monasterios de Egipto. Como allí se trabajaba mucho, se encargaba á uno de los más graves y de los más experimentados entre los hermanos el cuidado de la despensa y de la cocina, y él se aplicaba á este oficio mientras su edad ó sus fuerzas se lo permitían.

Por otra parte este empleo, añade Casiano, no daba mucho que pensar, porque la nutrición de los religiosos se preparaba casi sin pena, siendo así que no vivían mas que de comidas crudas y que sus mayores festines consistían en algunas hojas de puerros cortados, de olivas, de sal y de pequeños peces llamados arenques.

20° Añadiremos aquí una observación que este autor hace en el libro quinto, donde trata de la intemperancia de la boca. Dice que se cae en este defecto de tres modos : 1° Cuando se previene la hora de la comida ; 2° cuando uno se complace en saturarse de comidas aunque sean las más groseras ; 3° cuando se buscan las más delicadas y nutritivas ; y que un religioso debe oponer á estos tres defectos la resolución de nunca romper el ayuno antes de la hora marcada, de no dejarse arrastrar á comer con exceso, de contentarse con las comidas más comunes. Dice luego que todo lo que uno se atreva á hacer en una comunidad contra la costumbre de todo el monasterio, siempre ha sido considerado por los ancianos como infectado por la vanidad ; y que un religioso que se priva del uso del pan para no comer más que yerbas, frutas ó legumbres no por eso se debe considerar como el más sabio y el más esclarecido en la ciencia de la verdadera discreción ; porque una tal abstinencia en una comunidad estando demasiado á la vista de todos, está expuesta á la vanidad y puede ser arruinada por la vanagloria.

Para evitar este peligro muchos solitarios rompían sus ayunos ordinarios en consideración á los forasteros que les iban á visitar, alegando también por razón que entonces valía más practicar la caridad y la hospitalidad, que manifestar una obstinación inflexible en su abstinencia. Esto no era cuestión de un ayuno mandado, sino de la costumbre que tenían los solitarios de no hacer más que una comida por la noche, á escepción del domingo y lo llamaban ayuno



ó abstinencia, porque fuera de esta comida que era muy frugal nada comían.

21° Casiano aun explica mejor esto en el capítulo siguiente : « Cuando hicimos, dice, nuestro viaje de Siria á Egipto, para instruirnos en las máximas de los ancianos solitarios de aquellos lugares, admiramos la alegría y la bondad con que se nos recibía. Allí no se observaba lo que hemos visto en todos los monasterios de la Palestina, en donde aguardan á hacer comer á los hermanos que les van á visitar hasta que la hora de la comida há llegado ; sino que exceptuando solamente los días de miércoles y viernes que son días consagrados, se rompía el ayuno en todos los lugares á que íbamos, luégo que habíamos llegado allí.

« Y cuando nos informamos por uno de estos Padres por que rompían con tanta indiferencia el ayuno de cada día, nos respondió : » Yo aquí puedo ayunar todos los días, pero no todos los días os puedo tener en mi compañía, y de un momento para otro me váis á dejar. Aunque el ayuno sea útil y necesario, es no obstante como una ofrenda que libremente hacemos á Dios, y por el puro movimiento de nuestra voluntad. Pero es de necesidad absoluta el recibirlos con caridad y hacer con los huéspedes lo que nos manda la caridad. Es por esto que recibiendo á Jesucristo en vuestras personas, yo os debo dar de comer ; y cuando vosotros me habréis dejado me sera fácil resarcirme por alguna abstinencia extraordinaria, de la indulgencia que me habré concedido para mejor recibir á Jesucristo.

Luego cuenta el ejemplo de un anciano que habiéndose puesto á la mesa en un día para recibir á diversos hermanos que habían ido á visitarle, había comido tan sóbriamente que aun sentia el hambre. Había también otro solitario que jamás comía solo ; pero que si nadie le iba á visitar durante la semana la pasaba sin comer hasta que el sábado ó el domingo yendo á la iglesia, se llevaba algun fo-

rastero para ponerse á la mesa con él. « Así, añade, estos santos solitarios acostumbran romper el ayuno para recibir á sus huéspedes ; pero luego no se descuida de recompensar esta pequeña indulgencia por alguna abstinencia extraordinaria, castigándose de este modo de este aumento de nutrición que han tomado, no solo comiendo después menos, sino recortando aún con mucha severidad algo de su sueño. »

---

#### DOCTRINA ESPIRITUAL DE LOS SOLITARIOS DEL EGYPTO<sup>1</sup>.

Se puede recoger la doctrina espiritual de los solitarios del Egipto y de los desiertos vecinos, no solo de las *Instituciones* de Casiano sino también de sus Conferencias ; pero como damos el análisis de éstas en los capítulos de los Padres á quienes allí hace hablar, nos contentaremos aquí con relatar lo principal que hay en los libros de sus *Instituciones*, en donde trata de los pecados capitales. Allí se verá cual era la doctrina de los monjes de Scete, de Egipto y de otros lugares, pues que era para ser instruidos de sus máximas sobre la manera de combatir los vicios y adquirir las virtudes religiosas, así como sobre la disciplina regular cuyas obras el obispo Castor le rogó que computara.

Después que Casiano en sus cuatro primeros libros ha tratado de sus *Instituciones* de la disciplina de estos solitarios, explica en los ocho restantes aquello que había aprendido

<sup>1</sup> Casiano.